
comentarios y notas bibliográficas

Exilios y upotopías¹

ANTONIO RONCERO

Universidad Autónoma de Madrid

- 1 Comentario sobre el congreso, patrocinado por *Antítesis. Revista iberoamericana de estudios hegelianos*: «Contra la Europa intolerante. Modernidad e ilustración a partir de las experiencias del exilio desde la década de 1930.»

¿Qué es el exilio? ¿Quién es el exiliado? Al comenzar el congreso “Contra la Europa intolerante: Modernidad e Ilustración a partir de las experiencias del exilio desde la década de 1930”, yo creía que lo tenía claro. El congreso, celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid los días 17 y 18 de marzo de 2022, intentaba responder a estas preguntas que, a fin de cuentas, son aparentemente una cuestión muy “de andar por casa”: un exiliado es aquel a quien han echado de su país, sin mayor profundidad. La idea que creo que mucha gente puede tener si no se plantea mucho la cuestión. La misma que yo, fiel seguidor del sedentarismo y privilegiado por no haber tenido que abandonar nunca mi lugar de origen, tenía en la cabeza al comenzar la primera de las intervenciones.

Cuál fue mi sorpresa al salir de allí, once ponencias maravillosas después, con esa idea irónicamente exiliada de mi cabeza. A medida que se sucedían las intervenciones de los diferentes profesores y profesoras pasó algo que, sinceramente, esperaba y deseaba, pero que me sorprendió por su intensidad: me di cuenta de lo limitado que era mi conocimiento en este aspecto. Una experiencia muy estimulante que animaría a quien me lea a poner en práctica, no sólo en esta cuestión del exilio, sino en cualquier ámbito del conocimiento. Sócrates reconociendo su propia insuficiencia como condición para alcanzar la sabiduría sigue resonando entre los muros de la Facultad de Filosofía, y menos mal. Yo, al menos, creo que salí un poco más sabio gracias a las personas que participaron en el congreso.

El congreso ha contado con una gran virtud: una variedad de ponentes muy amplia que han dado lugar a un gran abanico de ideas y perspectivas en torno al exilio muy interesante. Cuando un evento está articulado en torno a una sola idea, un solo concepto, se corre el riesgo de ser repetitivo y que al final le falte profundidad. Este caso ha sido el diametralmente opuesto al que ese miedo refleja, y las ponencias abordaron el exilio desde lugares que no me esperaba y que dieron mucho que pensar. Tanto filosóficos, como históricos, como por supuesto biográficos. A lo largo de este pequeño comentario repasaré algunas

de las reflexiones que estos temas suscitaron. No aspiro a cubrir todos los temas de los que se hablaron, pues fue tan completo y polifacético que, si lo intentara, abarcaría una extensión mayor a la razonable. Pero sí que voy a tratar uno de los hilos conductores que pude trazar entre las distintas intervenciones y que me pareció especialmente interesante: la relación entre política y exilio; la cuestión de la utopía, del *topos*, el lugar de partida y destino de los exiliados.

El lugar de partida es claro en todos los casos: los autores y autoras de los cuales se habló en el congreso fueron exiliados de sus lugares de origen. La primera conferencia profundizó en la figura de Marcuse. Igual que él, muchos de los autores que se trataron son viejos conocidos para cualquier persona interesada en la filosofía. Zambrano, Adorno o Ernst Bloch, por mencionar algunos nombres que nos son familiares y de los que hablaré más adelante, son dialogantes habituales en nuestras clases, trabajos e investigaciones. Durante este congreso se ha podido ver cómo la experiencia del exilio ha influido en la configuración de su pensamiento.

¿Pero cómo les influyó? El exilio es una experiencia desgarradora y traumática, pero no afectó a todos de la misma manera. Aunque todos fueron marcados por él, los derroteros que cada exiliado tomó son muy diferentes. El pensamiento de María Zambrano dista mucho, tanto en forma como en contenido, del marxismo de Adolfo Sánchez Vázquez o de Adorno, por poner algunos ejemplos. Así que a lo largo de las siguientes páginas recorreré el camino marcado por algunos de los ponentes, para entender a los autores y autoras de las que se habló y dar una dimensión más concreta y completa a la influencia del exilio.

Empezaré por María Zambrano, por ser una de las mayores representantes del exilio español. Acerca de esta autora hablaron las profesoras Elena Trapane, desde un contexto más general del exilio español en 1939, e inmediatamente después, Nuria Sánchez Madrid en una ponencia más específica sobre ella. En la primera intervención se dijo algo que a mí me impactó mucho, la contradicción que muchos exiliados sufrieron a lo largo de su vida: pasar de ser expulsados por dejar de ser aceptados en su lugar de origen (en el caso español referente a Zambrano, por el inicio de la dictadura) para luego convertirse en referente y ejercer una labor representativa.

Es una contradicción radical que está anidada en lo más profundo de la sensibilidad del exiliado. Zambrano pasa, como contaba la profesora Trapane, de sentir el exilio en las pequeñas cosas, como el miedo a ser detenida en Francia, a convertirse en un referente de la cultura patria. Pero manteniendo en el centro de esta contradicción su papel de figura incómoda, de vencida y obligada a marcharse que, si vuelve (porque no todos vuelven) queda como recuerdo del pasado que la exilió. Que, además, como citaba en palabras de Campbell: “Cuento, luego existo”, es decir, tiene una proyección colectiva por el hecho de convertirse en narradora para otros. Cuenta la experiencia del exilio y no sólo se limita a reproducir, sino a producir una imagen presente y futura a

través de la razón narrativa que reivindica. La experiencia del exilio que transmite no puede dejar indiferente, es de una radicalidad absoluta que debe tener proyección futura casi necesariamente. Es una experiencia que altera no sólo la percepción espacial, sino también temporal: para cuando vuelve al lugar de origen todo ha cambiado, poco queda reconocible. Incluso lo reconocible es más ajeno, ya que ha sido expulsada del devenir que crea la familiaridad.

Los exiliados son, como se dijo en la ponencia, las figuras del umbral: no están del todo fuera, pueden volver a veces y ser reivindicados y erigidos como representantes de la cultura que les exilió. Pero tampoco están dentro. Durante el exilio han dejado de experimentar el devenir del lugar al que luego pueden volver, de manera que incluso aun recuperando el lugar siguen siendo exiliados. Es una experiencia sin fin, y transmitir el exilio no deja indiferente a nadie que lo escuche, pero que crea el riesgo de banalizar e incluso estetizar al exiliado por su condición epistemológica privilegiada.

El testigo de esta ponencia lo recogió la profesora Nuria Sánchez Madrid poniendo el colofón a las ideas presentadas hasta ahora. En ese umbral que mencionaba anteriormente se aprende a habitar la nada, y en esa nada es donde puede construir el sentido por su cuenta. Es en este punto donde entra con toda su fuerza la proyección colectiva y política de Zambrano, en la construcción del hogar. La construcción de una vida habitable donde el sujeto pueda convertir sus pensamientos en hechos.

Así, el exilio se convierte en una proyección a futuro. La nada que deja el exilio a su paso se vuelve el espacio en el que crear relaciones, en el que amar y comunicar. Se sigue hablando en el no-lugar, y es en éste donde se crean islas de identificación en las que construir la nueva patria verdadera, en el espacio que había sido antes devorado por la historia. El exilio deja de actuar únicamente como punto de desgarramiento y se vuelve también punto de unión con aquellos con quienes se conversa en la nada, con aquellos con quienes se puede construir un nuevo hogar. Deja de actuar únicamente como un evento trágico, anclado en el pasado, para convertirse en una condición de posibilidad del futuro creado por el sujeto.

Zambrano no es la única que da al exilio una perspectiva a futuro. En la tradición marxista también encontramos ejemplos que encuentran en el exilio sustrato para enriquecer sus posiciones ideológicas, y que estuvieron presentes en el congreso. José Antonio Zamora nos presentó a Theodor Adorno desde su condición de exiliado, con perspectivas muy interesantes.

El exilio es esencial para comprender la perspectiva teórica de Adorno. El genocidio que causó el fascismo alemán durante la Segunda Guerra Mundial marcó profundamente su vida e hizo que se replanteara conceptos básicos como la sociedad y la Historia. Su producción teórica posterior siempre se piensa frente a la barbarie nacionalsocialista. La perspectiva adorniana en este caso funciona como refugio, más que como teoría políticamente prolífica. Su concepto

de totalidad y el rol de la negatividad convierten a la teoría en un lugar seguro, más que en una praxis. Frente al pesimismo de una realidad donde la barbarie campó a sus anchas y causó la muerte de millones de personas, encuentra consuelo en el arte y en la estética más que en la política y en la resistencia.

El exilio de Adorno pone sobre la mesa algo doloroso, pero necesario de expresar: las contradicciones del presente. Los horrores del s. XX quebraron las ilusiones teleológicas de progreso de la Modernidad y dejaron al aire libre las grietas y los retrocesos que también se desarrollaban dialécticamente en el curso de la Historia. Estas grietas no pueden pasarse por alto, ocultarse en un edificio teórico que las explique y que, por ello, queden intelectualizadas, alejadas del contenido emocional y desgarrador de la tragedia humana. En este punto resuena la advertencia lanzada anteriormente acerca de la banalización del exilio. Adorno advierte aquí que este exilio no puede ocultarse teóricamente, que esta experiencia traumática no puede aprehenderse en una totalidad desde el pensamiento, esto sería caer en una trampa idealista. La teoría no puede reconciliarse sino a través de una reconciliación histórica. Es una perspectiva que quizá no pueda considerarse política, ya que representa un repliegue práctico frente a la estética como refugio. Pero sí que deja clara la dimensión futura que tuvo el exilio en la vida de Adorno. De nuevo se encuentra que el exilio no es un evento que se queda grabado como vida pasada, sino que resuena y condiciona la vida del exiliado, su futuro.

Pero de entre los marxistas exiliados que se mencionaron en el congreso, sin duda el que tiene una proyección política más clara es Ernst Bloch, de quien nos habló la profesora Laura Herrero en la ponencia que dio fin al congreso. Bloch fue un autor que siempre tuvo muy presente el exilio, ya que estuvo la mayor parte de su vida en él. Incluso cuando pudo volver siguió sintiéndose exiliado. Como se ha remarcado anteriormente, la condición de exiliado se mantiene a lo largo de la vida ya que, una vez se es ajeno al desarrollo propio del lugar de vuelta, nunca se llega a entrar del todo.

Bloch es el autor que reivindica de forma más explícita una dimensión política a través de su concepto de utopía. También pone en duda, como Adorno, los presupuestos de la Modernidad. Critica la razón moderna que ha expulsado un momento de ensoñación que el autor ve estrictamente necesario para poder pensar la utopía. Pero la utopía que presenta no es un no-lugar en el sentido irreal del término. No es un lugar lejano como la utopía literaria, sino un lugar por construir. Para Bloch esta utopía es una cuestión materialista, es decir, basada en las condiciones del presente para poder ser construida. De hecho, la mayor diferencia con respecto al concepto de utopía más conocido es precisamente ese: que es construida; que es posible que sea construida en base a lo que existe. No es una Nueva Jerusalén que cae del Cielo, o que llegará por las leyes impersonales de la Historia, o que nunca llegará. Sino una actividad política revolucionaria que, para poder pensarse —y planificarse, y

realizarse—, tiene que soñarse en vigilia. Es un lugar futuro, pero también pasado, pues hace referencia a una infancia y al hogar perdido que le marcan como exiliado. La utopía surge del exilio, para volver a construir en el futuro la infancia perdida, pero transformada por el presente. El principio para construir esta utopía es la esperanza, lo que permite moverse hacia el futuro a través de una historia no lineal ni mecanicista.

Los rasgos de los exiliados presentados a lo largo de estas líneas demuestran que, más cercanos a unas corrientes ideológicas u otras, con un carácter más confesamente político o replegado hacia el refugio estético, el exilio siempre tiene consecuencias futuras. No es sólo una cuestión pasada, un mal trago que deja una huella anecdótica, sino que marca profundamente la producción teórica y práctica de quien lo vive. Pero un repaso de la producción de terceras personas, aunque sean intelectuales y filósofos como los mencionados, correría el riesgo de quedarse en la anécdota biográfica si no se llegara a interiorizar y a entender su plena actualidad. ¿Dónde nos interpelan estos autores a aquellos que, como en mi caso, no somos exiliados? ¿Cómo trasciende el exilio a la vida práctica? Para responder a estas preguntas entra con fuerza la intervención del profesor David Sánchez Usanos.

Esta ponencia no versaba sobre ningún autor en específico. O, dicho de otra manera, versaba sobre muchos, sobre todos. Con el acertado título de “¿Y qué hay en casa? El exilio como espejo incómodo de la modernidad”, David ponía sobre la mesa una idea a la vez seductora y desgarradora: quizá todos seamos exiliados en cierto modo. El exilio sirve como arquetipo de nuestra época, el *Zeitgeist* marcado por una profunda herida en forma de sangriento s. XX, tal y como señalaba Adorno. Si ya Max Weber anunciaba antes de las dos Guerras Mundiales el *Entzauberung der Welt*, el desencantamiento del mundo, con el fin de los grandes relatos hemos quedado exiliados de cualquier certeza más allá de la realidad más inmediata de la experiencia individual. Como señalaba David, el exilio es el presupuesto metafísico, lo más característico del ser humano actual, que tiene mucha relación con la posición adorniana antes mencionada. La estética como única vía, la resistencia como única vía antes de abandonar la política completamente y refugiarse en el arte, en acto de rebeldía.

Pero de la mano de Bloch hemos visto otra salida, mucho más política. Y en este sentido, y como colofón a esta reseña, me gustaría rescatar la intervención del profesor Iván de los Ríos. Encuentro una conexión muy fuerte entre la crítica a la razón moderna que presenta Bloch, la cual elimina esta capacidad de soñar despierto y condena al ser humano a la vigilia y al cálculo racional, con la reivindicación que hace Iván de una razón mimética, narrativa, que explore los horizontes exiliados por la razón matemática. La potencialidad política de la utopía en Bloch se basa precisamente en una capacidad de soñar despierto más propia de Cervantes que de Descartes; que reconoce el materialismo en tener que construir con la realidad presente, no

es un castillo en el aire, pero que se atreve a salir del aparente cierre de la razón puramente científica mecánica.

La variedad de autores vistos hasta ahora pone de relieve una cuestión formal importante: no todos son filósofos. Ni científicos. La experiencia del exilio, que yo he visto determinante como factor común para explicar la obra de todos los autores y autoras tratados en el congreso, no es siempre transmisible en un plano cartesiano. Zambrano reivindica una razón poética a través de la cual se puede transmitir este conocimiento. La poesía no es sólo una composición estética de deleite intelectual, sino una antropología, un método para conocer todas estas parcelas de realidad que no son reductibles a la aritmética matemática y sin el cual no habríamos accedido a la experiencia del exilio aquí plasmada. Y en este plano la utopía de Bloch tiene sentido, pues no es ni un cálculo matemático, que se queda encerrado en el presente en el que todos estamos exiliados, ni un castillo en el aire sin contacto con la realidad que se quiere cambiar. No existe aún, pero entra dentro del rango de lo posible, de lo soñable y, por ende, de lo construible si se tiene la voluntad política y los medios para hacerlo.

Iván de los Ríos usó en su ponencia la partícula “*upo*” en griego, rescatada de la obra de Filón de Alejandría, y que significaría algo cercano a “todavía no”. Contrapuesto a la “*u*” que, por ejemplo, en utopía, representa el “no” para formar el “no lugar”. Como conclusión, me gustaría reivindicar esta partícula para hablar, en el sentido que creo que puede referirse Bloch, de la *upotopía*: un todavía-no-lugar futuro, pendiente de construir por nuestra parte. Un todavía-no-lugar que tiene relación con el presente y que por ello puede ser construido potencialmente, que no es sólo una ensoñación vacía de contenido real. Un lugar donde, siguiendo los deseos de Bloch, se recupere el hogar, la infancia, y donde no haya más exiliados.